VIII

La casualidad tiene casi siempre la mayor parte en la dirección de las acciones humanas. El talento y la inteligencia consisten en aprovechar esa casualidad. Cuando fué abandonada definitivamente por Cristián, la vengativa Etiennette no perdió el tiempo en desconsolarse. Era persona á quien nunca se cogía desprevenida, y cuando estaba haciendo la dicha de un amante, era seguro que tenía de reserva otro ú otros dos que esperaban su vez. Mientras Cristián se estaba curando la pierna en casa de los Harvay, la joven conoció á un noble bávaro de muy buen aspecto que tallaba á banca abierta en el círculo del Casino. El simpático Vertemousse llevó aquel extranjero á casa de Etiennette. Había conocido al conde Steingel en las grandes cacerías de Baden y cuando le encontró en Trouville le presentó á Marieta de Fontenoy, la cual le introdujo en la alegre compañía de los parisienses de veraneo. El conde Steingel se fijó desde el primer momento en Etiennette, y Marieta, que no tenía miras sobre él, por estar entonces en gran predicamento con el pequeño Bethisy, pió parte á su amiga de los deseos del recién venido.

Etiennette acogió la confidencia con interés, pues el personaje valía la pena.

— Treinta y cinco años, querida, y, como ves, bastante guapo. Dominios inmensos hacia Groduo y muchas cervecerías á orillas del Memel, que le producen sumas enormes. ¡Es un negocio asombroso! ¡Está loco por ti!

— Todos están locos por mí, respondió Etiennette con tranquilidad. En esto de la locura hago concurrencia al manicomio de Charenton...

— No lo eches á broma. Es un señor de toda seguridad, como todos los alemanes, que son gente de costumbres y se aficionan extraordinariamente... Algunos llegan hasta casarse, si se los aprieta un poco...

— No pido tanto... No tengo madera de condesa...

— ¡Como que no harías tan buena figura como cualquiera otra!

— Mejor que cualquiera. Pero es cuestión de oportunidad. Ahora no me ocupo más que de Cristián...

El conde Steingel, bien aleccionado por Marieta, se puso plácidamente á hacer la corte á Etiennette y á enviarle todos los días las mejores flores de Trouville. El conde ponía su *mail* á la disposición de la sociedad que le había acogido, pues miraba con feudal desdén los automóviles de aquellos señores y sus repugnantes trajes de fogoneros. Cuando el joven Vernier despidió en buena forma á Etiennette é hizo pagar por su padre la indemnización correspondiente, el conde Steingel se encontró á punto de tomar la continuación de sus negocios. Marieta, que estaba al corriente de la ruptura, dijo al lituaniense:

— La plaza está disponible, pero... ¿sabe usted?... El joven Cristián era un gran señor...

— No creo, dijo Steingel fríamente, que ese comer-

ciantillo de licores pueda rivalizar conmigo por ningún estilo... Además, quiero tener á la Dhoriel, que me gusta, y pagaré lo que sea preciso...

Marieta sonrió y dijo, reproduciendo la frase de cierta reina...

— ¡ Tanto me dirá usted !...

La semana siguiente, el conde era reconocido como señor y dueño de Étiennette por el « todo París » de la alta *juerga*. Para empezar, dió una comida en casa de la bella, seguida de una fiesta en la que ganó ciento ochenta mil francos al *poker* á Almeda, Renouvín y Goldschreiner. Al acabar la partida, echó la ganancia en el delantal de encajes de Étiennette y dijo :

— Esto será para tus pequeños caprichos...

Fanny Breville por poco se desmaya y no pudo menos de decir :

— ¡ Si Longín me diera sólo la mitad para los grandes !...

Desde entonces quedaron reconocidas las relaciones del conde con la Dhoriel, y si Cristián no hubiera desaparecido á causa de su boda, no hubiera podido ignorarlas. Pero ningún eco llegaba á Gourneville de aquel mundo en el que el joven había desempeñado tan brillante papel. Étiennette y el conde hicieron un viaje á Alemania. Steingel no tenía familia y había tenido gusto en enseñar á su querida los dominios de sus antepasados. La instaló durante unas semanas en el castillo de Rotterbourg é hizo con ella una vida señorial que Étiennette, con su arte de adaptarse á todas las circunstancias de la existencia, supo hacer muy agradable. La joven se reveló como buen jinete y pasó días enteros á caballo con el conde, encantándole con la distinción de sus maneras y con el atractivo de su conversación. Hubiera sido imposible reconocer en la aristocrática persona que acompañaba á Steingel á la diabólica Étiennette, célebre por sus ruidosos caprichos y sus ruinosas fantasías. Cuando volvieron á París tuvo la habilidad de aparentar que echaba de menos la soledad del campo alemán y persuadió al conde de que la vida parisiense le parecía insoportable, por lo que debían marcharse á algún bosque de los alrededores de París, en el que pudieran pasearse libremente, como en las orillas del Lech, con la facilidad de poder ir á la gran capital cuando quisieran. El conde se quedó encantado al oir esa proposición, en la que vió una prueba del afecto que se había jactado de obtener; puso en campaña á todos los corredores y como la cuestión de dinero no le arredraba jamás, compró en la semana el castillo de Dammarie, entre Fontainebleau y Moret, y cerca, por consiguiente de Gourneville, donde habitaba Cristián. La elección de aquella finca no había sido casual. La Mauduit había preparado las cosas, mediante dinero, y de este modo se había hecho la elección del conde sin que Étiennette figurase para nada en las negociaciones. Pero en realidad era ella la que había elegido á fin de intervenir en la vida de Cristián. Mientras tanto y como para hacer ejercicio, se ocupaba en embrutecer á Steingel todo lo que puede serlo un hombre enamorado. Una mañana, en que el conde y Longín, á quien tenían invitado, estaban cazando en el parque, la Mauduit y Marieta, instaladas en el gabinete de la Dhoriel, estuvieron hablando con toda familiaridad. Se habían conocido en circunstancias difíciles y no tenían secretos la una para la otra.

— A ti, Étiennette, dijo la Mauduit, te he visto siempre más enérgica para el odio que para el amor. Tuviste un capricho por el chico de Vernier y eso me

asombró. Pero nunca le has amado tanto como ahora le detestas. ¿ No es cierto?

— Se ha portado suciamente conmigo.

— El hombre que no hace todo lo que nosotras queremos, dijo Marieta, se porta siempre suciamente.

— ¿ Qué razón de ser tendríais vosotras, hijas mías, si no fueseis caprichosas? repuso la Mauduit. No sois más guapas que las mujeres del gran mundo ; con frecuencia sois menos jóvenes ; sois infinitamente menos instruídas y, en realidad, no sois superiores á ellas para el amor. Pero volvéis á los hombres burros y esta es vuestra fuerza. Es la única explicación posible de vuestro ascendiente.

— Pero, oye, tú, Mauduit, ¿ cuándo vas á acabar de echarnos piropos ?... ¡ Vaya unas maneras !...

— Queridas mías, yo no hago alusiones personales, pero todas las grandes domadoras de hombres, desde Cleopatra hasta la Dubarry, han asegurado su dominación embruteciendo á sus amantes. Vosotras hacéis lo mismo y os aplaudo. Pero me pregunto por qué Étiennette se rompe la cabeza en fraguar proyectos siniestros contra ese cabeza de chorlito de Cristián. La vida es corta ; no la hagamos triste. No hay nada tan malsano como el rencor.

— Mauduit, acabas de expresar los sentimientos de una portera, dijo Étiennette con acritud. Un buen sillón al lado del fuego, un café con leche bien azucarado y la lectura de los periódicos bastan para tu dicha, pero no para la mía. Vas decayendo, amiga mía. Te he conocido con aspiraciones más altas. Ahora no te comprendo.

— ¡ Diablo ! ¡ Cómo te has crecido !

— No hay verdadero placer más que en la venganza.

El amor no es más que una satisfacción incompleta ; dar placer ; mientras que el hacer daño...

Los ojos de la Dhoriel chispearon y sus manos se crisparon como para apoderarse de una presa.

— No es á ese desdichado Cristián á quien hago responsable de la afrenta que se me ha hecho, sino á todos los que han tomado en ella una parte, por pequeña que haya sido. El padre, ese tonel de aguardiente, al que yo hubiera agujereado si no estuviese maravillosamente protegido por su impotencia ; la remilgada de la madrastra y su amante, el barón Templier.

— Esos, querida, se burlan de ti. Raimundo es un muchacho muy zorro que se ha puesto en salvo á tiempo, y ella pasa por ser fabulosamente rica y por tener mucho ingenio... ¡ Trata de meterles el diente !...

— ¿ Quién sabe ? Puede presentarse una ocasión. Pero me queda la mujer, esa rubilla que es la causa de todo lo que me sucede. Esa me las va á pagar... Y por ella los alcanzaré á todos...

— ¿ Cómo ?

— Esa mujer ama á su marido y por eso es vulnerable. En cuanto á Cristián... si pasa por mi casa, no tengo más que silbar para que suba.

— Pero no pasará...

— Entonces seré yo la que pase por la suya.

— Etiennette, todo lo que estás diciendo es estúpido, dijo la hermosa Fontenay, mirándose con complacencia las rosadas uñas. ¿Quieres oir el fondo de mi pensamiento ? Pues bien, nosotras, personas ligeras, no tenemos más excusa que la de ser buenas muchachas. Sirvámonos de los hombres para nuestra diversión y para nuestro interés ; convenido... Pero no pretendamos erigir en derecho la irregularidad de nuestra conducta. Vivimos de amar ; seamos amables...

— Sí, tú, Marieta, eres una mujer sensible que tiene siempre amantes del corazón y no vacila en hacerles regalos. Yo, no. No lloro fácilmente, pero desgraciado del que me hace llorar, aunque sea de cólera...

— Te compadezco, dijo la Mauduit. Soy vieja, pero tengo un pasado que equivale al vuestro. Las he visto de todos los colores en una época en que los hombres valían más que hoy. Pero nunca he tomado por lo trágico un abandono ni me he creído deshonrada porque el hijo de un banquero me haya dado una fuerte suma al dejarme para casarse. Ahora no soy ya nadie. Tengo cincuenta años y el cabello teñido; pero hay un joven de veintisiete que me ama...

— Alfredo, dijo Marieta.

— Sí, Alfredo, que es empleado en las oficinas de Dufayel.. Es verdad que le adoro como á un hijo y á un amante al mismo tiempo... Si me dejara, me destrozaría el corazón, pues es mi supremo cariño...

— Sí, los últimos cartuchos...

— Pero os juro que no le vitriolaría por eso, ni le reclamaría siquiera el dinero que le he prestado, si sabía que era feliz con su nueva amiga... Será estúpido, pero, aun llorando, estaría contenta.

— Te comprendo, Mauduit, exclamó Marieta alegremente. Eres una buena mujer, mientras que Etiennette es un delicioso monstruo de desdicha. ¡No nos metamos con ella, porque sería capaz de condenarnos á muerte!

La conversación se interrumpió por el ladrido de los perros en el patio, al volver los cazadores. Sonó la campana del almuerzo y las tres mujeres bajaron al comedor.

Cristián fué pronto informado de lo que le interesaba por Vertemousse y, del modo más inesperado, por su

misma mujer, un día en que ésta volvía de San Remigio.

— Ya no somos solos, le dijo, para interesarnos por el sanatorio. El doctor Angogne es un hombre dichoso. Ha recibido la visita de uno de sus vecinos, que se ha puesto á su disposición para sufragar los gastos del laboratorio. ¿Qué va á decir tu padre?

— No verá en ésa concurrencia nada malo. ¡Tanto mejor para la ciencia! ¿Y quién es ese vecino?

— Un extranjero que se ha instalado en Dammarie con una joven muy linda y que, según dicen, podría muy bien no ser su mujer, aunque lleva su nombre.

— ¡Ah! dijo Cristián. ¿Y cómo se llama ese extranjero?

— El conde Steingel...

Cristián se mordió los labios y tomó un aire indiferente.

— El conde y la pretendida condesa fueron ayer á visitar San Remigio y dejaron al doctor una fuerte suma para la caja de socorros. Parece que esas personas, que no conocen á nadie en el país, quieren hacerse relaciones.

— ¿Cómo, pues?

— Después de todo, acaso están casados. Ya sabes qué mala es la gente. Se dice más fácilmente mal que bien...

— Todo eso importa poco, dijo Cristián. Casados ó no, que se estén en su casa y que no vengan á turbar nuestra soledad. No hemos venido aquí á hacer cumplimientos á los habitantes del país. Para eso, más valdría volvernos á París.

Genoveva no insistió, pero Cristián, más impresionado de lo que él hubiera querido por la llegada de Etiennette, no pudo menos de pensar en ella. En el

fondo estaba orgulloso por aquella persecución, pues no se engañaba sobre las intenciones de su antigua querida y sabía muy bien que había venido por él. Pero estaba inquieto al mismo tiempo, pues conocía el carácter resuelto de Etiennette y sabía que toda intervención por su parte tendría las más desastrosas consecuencias para la tranquilidad en que él vivía. La identidad de la Dhoriel podía establecerse de un momento á otro y Cristián preveía todas las dificultades que esa revelación podría ocasionar en su matrimonio. Paseándose con Vertemousse, no pudo menos de decir con aire indiferente:

— Después de todo, nada prueba que no haya venido por casualidad.

— Nada, en efecto.

— ¿Qué podría esperar al acercarse á mí?

— Con las mujeres no se sabe nunca... Lo más absurdo es lo más probable.

— Vertemousse, eres idiota con tus aforismos. Vamos á ver, ¿no crees que Etiennette me ama con ardor inextinguible?

— No, no lo creo.

— ¿Qué busca aquí entonces?

— Acaso hacerte rabiar.

— No lo logrará...

Cambió de tono y dijo él también:

— ¿Cómo la encontraste el día de la caza, cuando nos miró á todos como desde lo alto de la columna Vendome?

— Asombrosa... La encontré rejuvenecida y, luego, un aire de reina...

— ¿Verdad?

— Bueno, bueno, nada de entusiasmos... Piensa en el bávaro, que es el amo en este momento. Y después, por vida de... está ahí tu mujer.

— Ciertamente, y por nada del mundo quisiera disgustarla...

— Enhorabuena...

Al día siguiente, como por casualidad, Cristián salió á caballo. El automóvil exigía la presencia del *chauffeur*, y el joven quería estar solo. Pasó por San Remigio sin entrar y, siguiendo la orilla del río, llegó á Dammaríe. Conocía muy bien aquel pequeño castillo, por haber jugado en él de niño con los hijos del anterior propietario, y, recorriendo el lindero del parque, pasaba cerca de la casa, cuando oyó que le llamaban por su nombre y, asomada á la ventana de un quiosco rústico, vió la graciosa cara de Marieta de Fontenoy.

Cristián se quedó sin saber qué hacer: pero la joven le sacó del apuro.

— Dime, grosero, podías empezar por dar los buenos días.

Cristián alargó la mano á la altura de la joven.

— Buenos días, pues, Marieta.

— ¡Vamos! Eso es otra cosa... Y ahora, ¿qué es lo que haces por aquí?

— Este es el país de mis antepasados y me estoy paseando.

— Y tienes trazas de aburrirte cordialmente en tus paseos.

— ¿Y tú, qué haces en esa jaula?

— Estoy leyendo hasta que los demás vuelvan de la pesca. Están en el río, en una barca, echando las redes y cogiendo monstruos... Lo peor del negocio es que habrá que comérselos... ¡Los tengo horror!...

— Dices «los demás». ¿Quiénes son los demás?

— ¡Toma! Steingel, la Mauduit y tu querida y tierna Etiennette.

— ¿Está buena?